



Experto en Psicopatología clínica y psicoterapia en la adultez y vejez

MÓDULO III. PSICOPATOLOGÍA CLÍNICA
EN LA ADULTEZ



www.isfap.com - info@isfap.com

TEMA IX. LA SEXUALIDAD

Introducción

Pretendemos en este tema acercarnos a una comprensión de los problemas sexuales que implique un posicionamiento que tenga en cuenta el momento social en el que nos encontramos. No pretendemos una descripción detallada de todos los problemas sexuales ya que ello implicaría mucho más espacio.

Para poder enfrentarnos a las problemáticas sexuales que aparecen en nuestra época, es necesario primero saber de que estamos hablando, de cómo podemos entender la sexualidad y de cómo se pueden entender sus patologías en la sociedad actual.

Sexualidad en psicoanálisis

Partimos de la definición de sexualidad de Laplanche:

“En la experiencia psicoanalítica, la palabra sexualidad no designa solamente las actividades y el placer dependientes del funcionamiento del aparato genital, sino toda una serie de excitaciones y de actividades, existentes desde la infancia, que producen un placer que no puede reducirse a la satisfacción de una necesidad fisiológica fundamental (respiración, hambre, etc.) y que se encuentran también a título de componentes en la forma llamada normal de todo amor sexual”.

Ya comentamos cuando hablamos de la pulsión y del narcisismo, que la pulsión sexual no puede encuadrarse solamente dentro del campo del puro instinto natural. La sexualidad humana está tamizada por la cultura y puede considerarse como pulsión o pulsiones que componen la llamada pulsión de vida o Eros. Y es así en la medida que **empuja a una ligazón libidinal con los objetos y con la vida.**

Al alejarnos de la naturaleza, podemos decir que nos alejamos de la “natural” concepción de la sexualidad restringida a la genitalidad. Fue Freud quien nos dio las pistas para poder comprender esta cuestión. El fue el que señaló que la existencia de las perversiones alude a que existen grandes variaciones en la elección de objeto y el modo de actividad sexual de un sujeto.



Además, se pueden establecer muchos grados de transición entre la sexualidad perversa y la sexualidad llamada normal. En esos grados,

podemos destacar perversiones temporales que aparecen cuando resulta imposible la satisfacción habitual, las actividades previas al coito, etc.

Pero, sobre todo, fue el descubrimiento de la **sexualidad infantil** lo que ha llevado a revolucionar el concepto.

Podemos definir la sexualidad infantil como el conjunto de manifestaciones del desarrollo psicosexual anterior a la adolescencia y que reflejan el grado de maduración de la pulsión sexual y el desarrollo gradual de la capacidad de relaciones objetales.

Las observaciones psicoanalíticas han mostrado como a lo largo del desarrollo del niño, se suceden una serie de cambios en las zonas erógenas del niño... zonas erógenas en la medida que el niño las experimenta como lugares importantes de tensión, gratificación y frustración (placer y displacer). No nos extenderemos ahora en la descripción de las etapas o estadios de las zonas erógenas (en la bibliografía se puede encontrar). Si acaso recordar que primero se trata de la fase oral, luego la anal, la fálica, la de latencia y la genital que marca el comienzo de la adolescencia...

Esta elaboración de la sexualidad nos lleva a dos consecuencias importantes para poder entender la sexualidad del sujeto:

- Por un lado, el marco temporal de cada estadio es tan breve que cuando predomina una fase, las otras todavía permanecen activas y con capacidad para producir gratificación. Es una función que va a permanecer siempre, **la catectización de una zona no excluye a las demás**. Es ello lo que vamos a encontrar privilegiado en la perversión, sí, pero también en los preliminares de una relación sexual llamada normal.

- Por otro lado, es esclarecedor fijarse en como a medida que las necesidades corporales básicas (como el hambre) son satisfechas por medio del contacto con el objeto (pecho-madre), se desarrolla un apego al objeto más allá de la necesidad. Freud mostró que **la pulsión sexual se separa del funcionamiento de conservación del organismo**.

En un primer momento, se trata sólo de un pequeño suplemento de placer aportado marginalmente en la realización de la función (por ejemplo, el placer de la succión en la fase oral). Pero ya en un segundo momento, este placer, al principio marginal, ganará rango y será buscado por sí mismo, aparte de toda necesidad alimenticia o de evacuación, sin objeto exterior y de forma puramente local a nivel de zona erógena.

A medida que se desarrolla el Yo, comienza el niño a evocar la representación mental de los objetos que le dan satisfacción, aunque estén ausentes, ello le asegura un plus de placer que está en la base de su actividad autoerótica. Con el desarrollo y la experiencia, las fantasías sexuales van haciéndose cada vez más complejas hasta convertirse en las fantasías conflictuadas del periodo edípico, con o sin masturbación genital. A estas fantasías edípicas se añadirán después muchos más detalles que tendrán correlación con la manera de resolver esa compleja etapa de la vida. Etapa compleja en la medida que constituye un verdadero taller de la personalidad e identificaciones sexuales adultas.

En el periodo de latencia (va desde el fin de la fase fálico-edípica hasta el comienzo de la adolescencia) hay una represión fuerte de la actividad sexual y las fantasías no son tan

intensas. Por fin, en la adolescencia, se hace posible la gratificación de las fantasías sexuales mediante un objeto externo. El sujeto tiene que enfrentarse a sus fantasías y deseos para poder compaginarlos con lo posible en la realidad. **Los componentes residuales de la sexualidad infantil normalmente se reflejarán a través del juego erótico preliminar: seducción, observación, caricias, besos, etc.,** una vez que los elementos sexuales se han organizado bajo la primacía genital.

La maduración de la organización sexual suele asociarse también **a la contención de la pulsión agresiva**, con un mayor control de la expresión excesivamente impulsiva y con **la fusión del amor con el deseo sexual en una relación objetal**.

En esta elaboración de la sexualidad humana, cabe preguntarse por la energía que conmueve a las pulsiones sexuales. Freud propuso la existencia de dos clases distintas de energía: **la sexual o libido** y la agresiva.

En el diccionario de Laplanche, la libido queda definida de la siguiente forma: “Energía que constituye el substrato de las transformaciones de la pulsión sexual en cuanto a su objeto (desplazamiento de la catexis), en cuanto al fin (por ejemplo, sublimación) y en cuanto a la fuente de la excitación sexual (diversidad de las zonas erógenas)”.

La libido no es reductible a una energía mental inespecífica, posición que defendería Jung. Para Freud no es así, es cierto que en ocasiones puede devenir desexualizada, pero ello sólo es producto de un proceso secundario y por una renuncia a las metas específicas sexuales. La libido siempre es de origen sexual y se opone a la energía que proviene de Thánatos.

Se trata de un concepto cuantitativo. Su producción, aumento, disminución, distribución y desplazamiento explican las conductas sexuales en todas las etapas de la vida.

Desde este punto de vista, podemos distinguir entre la **libido del yo y la libido objetal**. La libido puede tomar como objeto a la propia persona (libido del yo o narcisista) o un objeto exterior (libido objetal). Según Freud existe un equilibrio energético entre estos dos modos de catexis, disminuyendo la libido objetal cuando aumenta la libido del yo, y a la inversa.

La libido, según Freud comienza catectizándose sobre el yo (narcisismo primario) para después partir hacia objetos exteriores. Puede producirse después una retirada de la libido del objeto hacia el yo, constituyéndose el narcisismo secundario.

En resumen, la lectura psicoanalítica de la sexualidad nos da instrumentos sumamente útiles para poder entender la problemática sexual. Nos quedaremos de su elaboración, especialmente con los siguientes puntos:

- La sexualidad no es sólo genitalidad.
- La energía sexual o libido comprende todo aquello que se llama amor.
- La necesidad de un equilibrio entre la libido del yo y la libido objetal.

En todo caso, la posición sexual se basa en un equilibrio complejo que origina una gran variedad de conductas sexuales en los diferentes sujetos.

Estos puntos marcan nuestro posicionamiento frente a la sexualidad del sujeto. Marcan una escucha.

Sexuación y falo

Más allá de la sexualidad biológica, lo que determinan la sexualidad humana es su ubicación en el mundo simbólico, en el mundo de lo significantes. Lacan introdujo el término sexuación para designar el modo en que, en el inconsciente, los dos sexos se reconocen y se diferencian.

Freud atribuye un papel central al falo, y para los dos sexos, anunciando ya con ello que las cosas van más allá de lo anatómico, la cosa sexual tiene que ver con el símbolo, especialmente con el símbolo fálico.

Es desde este punto de vista que podemos considerar que la sexualidad humana se define como subvertida por el lenguaje. De esta forma, el término que designa sus efectos no tendrá en sí mismo un valor masculino o femenino. Está constituido por un significante que representa los efectos del significante sobre el sujeto, es decir, la orientación de un deseo regulado por la interdicción. Es el significante fálico, del que el órgano masculino sólo constituye una representación particular.

El falo, en la doctrina Freudiana, no es ni un fantasma (en el sentido de un efecto imaginario) ni un objeto parcial (interno, bueno, malo) ni tampoco el órgano real, pene o clítoris (Lacan, «La significación del falo»).

La significación hay que buscarla en la relación de la madre con el niño, antes de entrar en el circuito simbólico del Edipo. Esta relación no es dual; no envuelve solamente a la madre y el hijo. Hay tres elementos presentes: la madre, el hijo y el objeto del deseo de la madre, que Lacan denominó el falo. Una vez establecida esta estructura triangular, el niño puede intentar convertirse en ese tercer elemento, el objeto del deseo materno. Intentará ser el falo de la madre, encarnar el falo. El falo no es lo mismo que el pene: es el pene más la idea de la falta, de su ausencia. El falo está perdido para siempre, es inalcanzable.

En el varón se trata de que debe poder renunciar a ser el falo materno si quiere poder prevalerse de la insignia de la virilidad, heredada del padre. La niña debe renunciar a tal herencia y por esa razón quizás encuentra más fácil identificarse ella misma con ese objeto de deseo. Desde allí estas cuestiones Lacanianas:

- El hombre no es sin tenerlo (no deja de tenerlo, pero a costa de no serlo, es decir se relaciona con tener un semblante del falo: el pene)

- La mujer es sin tenerlo (es semblante del falo, pero sin tenerlo).

El falo es significativo del deseo y significativo de la castración. De acuerdo a como se organicen las relaciones, se organiza la sexuación y la posición del sujeto frente a lo femenino y lo masculino.

El falo es el símbolo de la libido para los dos sexos, es un significante que refiere los efectos del conjunto de significantes sobre el sujeto. En particular, es la pérdida ligada a la captura de la sexualidad en el lenguaje.

Si es el símbolo de la libido para los dos sexos, estamos hablando en realidad de que la libido es esencialmente masculina.

Pero especifiquemos algo más sobre lo femenino y lo masculino. Lo femenino es especialmente elocuente precisamente por su misterio.

Las particularidades propias de la feminidad que parecen haber hecho obstáculo a la generalización de la teoría freudiana son conocidas, se trata del problema que plantea el complejo de castración, la identidad femenina, la especificidad de su goce, rasgos todos que parecen hacer objeción a la primacía del falo.

Lejos de ello, en realidad esto nos está indicando que no todo es con la mujer de la misma forma, esto nos habla de las diferentes posiciones sexuales frente al significante. “la mujer no toda es” dice Lacan.

La teoría sexual infantil es verdadera, existe la ausencia de un símbolo del sexo femenino. El falo tiene que ver con el significante de la falta, es lo que le falta a la madre. A esta ausencia el niño responde, con su cuerpo mismo, a la demanda de amor materno. Se identifica así al falo.

Identificar lo femenino carece de referente, sufre en el orden del discurso el mismo destino que la vagina en el plano anatómico: la palabra existe, el órgano existe, pero la investidura fálica que le sería necesaria para acceder al saber falta por definición.



Sin embargo, por esta exclusión, que corresponde a una pérdida de goce, se provoca el deseo. Excluida del circuito del saber fálico, del circuito de los significantes, la mujer permanece en el centro de su organización.

En el goce fálico, la mujer no toda es. Se implica otro goce que el del falo. Motivo de un goce suplementario, la vagina no reemplaza al clítoris, cuyo descubrimiento es solamente la consecuencia de la envidia del pene. El desconocimiento de la vagina, que le valió a Freud tantas críticas, no concierne tanto a su existencia como a su erogeneidad.

El apego por la madre tiene la significación de una entrada en el goce fálico. El amor que le está destinado es sólo correlativo de una primera identificación con el nombre propio y con el padre que lo otorga. Tal identificación se acompaña de la atribución del falo, que hace del clítoris la primera zona erógena. La identificación con el padre, con su nombre o con el significante que lo evoca, es el resorte del apego a la madre. Da la significación del falicismo tanto en la niña como en el niño.

La entrada en el goce fálico da una respuesta al goce primero, fragmentadamente, que el niño de los dos sexos encuentra o sufre cuando encuentra al Otro del lenguaje, momento en el que es gozado en vez de gozar.

El goce que la relación con el Otro del lenguaje implica es mortífero, porque el cuerpo mismo es entonces lo que viene a paliar la incompletud del deseo materno.

La identificación con el padre, el acceso al falicismo ponen un tiempo a ese periodo de devastación. Sin embargo, la protección que se ofrece, que es también una prohibición, puede ser transgredida, y es en ese punto de fragilidad que puede resurgir el goce en exceso, que es propio del goce femenino.

En resumidas cuentas, estamos hablando de cómo la mujer puede acceder a dos tipos de goce sexual, uno es el fálico, el goce del órgano. El otro es el goce del Otro, ese goce que tiene que ver con el primer goce mortífero y que no puede ser reglado por el nombre del padre, por la ley del significante. El goce del órgano, anatómicamente hablando, es el goce del clítoris. El otro goce tiene que ver con el goce del Otro, ahí el cuerpo es sólo receptáculo y una de sus cavidades se vuelve entonces erótica. Del mismo orden que se puede investir una vagina. Es por eso que un hombre, como una mujer, se puede dejar pasivamente investir y alcanzar también ese goce llamado del Otro. La noción freudiana de una pasividad femenina responde a este destino.

En la relación sexual con el otro se intenta conseguir una cierta unicidad que elimine la falta, pero la relación no hace más que confirmar la falta. Es ello lo que origina que el deseo se mantenga y también lo que origina una dinámica intrapsíquica complicada que puede dar lugar a numerosos síntomas o disfunciones sexuales.

Tradicionalmente, cuando la función paterna estaba más instituida se originaba un mayor grado de represión sexual y ello concluía en manifestaciones sintomáticas; manifestaciones que, a fin de cuentas, son propias de la subjetividad en tanto que son manifestaciones simbólicas.

Actualmente no existe tanta represión, más bien el discurso es el que ya hemos ido comentando y según parece está más en boga el todo vale. Si, todavía está la represión sexual funcionando y todavía ideológicamente la moral cristiana influye decisivamente. Mas ahora es común poder acceder a material pornográfico, los centros de intercambio de parejas son habituales, se admite cualquier tipo de identidad sexual, se otorgan derechos legales que antes eran impensables. Represión, si, pero no tanta.

Al no haber tanta represión, los problemas sexuales llegan a duras penas a la categoría de síntomas, donde sí podemos localizar un sujeto claramente. Hablamos más bien de pseudosíntomas o pasajes al acto donde el sujeto corre el riesgo de caerse.

Es por eso que seguiremos buscando los síntomas o, lo que es lo mismo, el sujeto que puede estar detrás de los problemas sexuales.

A más de cien años del descubrimiento freudiano de la sexualidad infantil y, por tanto, del cambio de perspectiva de lo que es la sexualidad adulta y la importancia patógena de la represión sexual, la abertura de la cuestión sexual no parece haber modificado muchas cosas o mejorado la calidad de vida de los sujetos. La sexualidad sigue siendo hoy un factor de conflicto. Hoy se habla sin tapujos de la sexualidad, pero sólo aparentemente. El sentido profundo de la sexualidad sigue quedando en entredicho, la cuestión fálica sigue siendo inconsciente. No nos confundamos. Además, esto nos puede ayudar a tener una perspectiva más positiva.

Se ha roto el tabú de la sexualidad y se practica más abiertamente, pero al no estar el sujeto más abiertamente comprometido, queda de lado el sentido de un placer compartido siendo su ejercicio más una caricatura de la libertad.

La sociedad actual está favoreciendo el retraso en la evolución del adolescente a la edad adulta y ella misma promueve como ideal ciertos valores adolescentes. La juventud está ahora más infantilizada que nunca y asume pocas responsabilidades. Su subjetividad y responsabilidad parecen estar en entredicho, a un paso de la renegación.

A la par de esto, existe una mayor desinhibición con respecto a los temas sexuales.

Podríamos decir que los jóvenes de hoy han desvinculado el sexo del amor o el compromiso. Desde un punto de vista orgánico, el cuerpo está preparado para tener relaciones sexuales, pero no desde una perspectiva de madurez psicológica. Más bien, todo lo contrario.

Surgen sobre todo los problemas de identidad.

Problemas sexuales

Las clasificaciones de problemas sexuales proliferan en la actualidad y todas nos resultan escasas para comprender el sujeto que puede haber detrás de ellas, y las relaciones con el deseo y el falo. El sujeto se olvida.

En todo caso son las manifestaciones de los malestares actuales. Podemos poner, por tanto, como marco de referencia, las clasificaciones que aparecen en el DSM IV.

Según el DSM IV, los trastornos sexuales, los podemos enfocar desde tres ítems:

1. Las disfunciones sexuales

Se caracterizan por una alteración del deseo sexual, por cambios psicofisiológicos en el ciclo de la respuesta sexual y por la provocación de malestar y problemas interpersonales.

Podemos distinguir:

- Trastornos del deseo sexual (por un más o por un menos)
- Trastornos de excitación sexual (Aquí se encuadrarían la impotencia en el hombre y en la mujer).
- Trastornos de orgasmo

- Trastornos sexuales por dolor
- Disfunción sexual debida a una enfermedad médica
- Disfunción sexual inducida por sustancias
- Disfunción sexual no especificada.

2. Las parafilias

Se caracterizan por impulsos sexuales intensos y recurrentes, fantasías o comportamientos que implican objetos, actividades o situaciones poco habituales. Estos trastornos producen malestar clínicamente significativo o deterioro social, laboral o de otras áreas importantes de la actividad del individuo.

- Exhibicionismo
- Fetichismo
- El frotteurismo
- Pedofilia
- Sadismo y masoquismo sexual
- Fetichismo travestista
- Voyeurismo
- Parafilia no especificada.

3. Los trastornos de la identidad sexual

Se caracterizan por una identificación intensa y persistente con el otro sexo, acompañada de malestar persistente por el propio sexo.

4. El trastorno sexual no especificado

Se incluye para codificar trastornos de la actividad sexual que no son clasificables en una de las categorías específicas. Es importante tener en cuenta que las nociones de desviación, de estándares de la función sexual y de conceptos del papel sexual apropiado pueden variar entre las diferentes culturas.



Como ya comentábamos al principio, no podemos ni pretendemos desarrollar en este espacio todas las posibles patologías... Excede al propósito del tema. Pretendemos dar una visión diferente y analítica de lo que significan los problemas

sexuales actualmente. Adentrémonos desde ahí en algunas patologías actuales.

En el terreno de las disfunciones sexuales destacan, sobre todo, la *Impotencia* y *frigidez*:

Las inhibiciones sexuales son los síntomas más frecuentes en las neurosis y van desde una ligera timidez a una completa impotencia.

La inhibición puede presentarse como una antipatía que se siente por la actividad sexual o como una falta de interés.

Es importante poder leer la impotencia y la frigidez desde el lado de la inhibición, ello nos da elementos de comprensión esclarecedores. La inhibición puede afectar totalmente la sexualidad o bien abarcar tan sólo aspectos de la misma. Estos aspectos pueden ser por ejemplo sólo sentir ternura o sólo sentir el orgasmo o sólo querer un tipo de relación o un

tipo de pareja, etc... Las inhibiciones pueden producirse en todos los casos o sólo en situaciones específicas.

La impotencia y la frigidez no son un retorno de lo reprimido, sino una manifestación clínica y mecanismos de defensa. La persona tiene la creencia inconsciente de que la actividad sexual es peligrosa y por ello la impotencia o frigidez es una defensa que cumple el fin de evitación.

La impotencia es una alteración física que surge de una acción defensiva de parte del yo tendiente a evitar la realización de una actividad considerada como peligrosa. La parte del yo que realiza esta acción es inconsciente. Es la parte en la que actúa la angustia de castración y que tiene a su disposición vías que escapan al control voluntario.

El origen freudiano está en la castración, en la historia del sujeto, en sus deseos infantiles, deseos rechazados y que tienden a surgir en el inconsciente.

Recordemos que el complejo fundamental de la sexualidad infantil es el complejo de Edipo. En los casos más sencillos, la impotencia tiene que ver con el vínculo sexual con la madre. Ello puede llevar a que ninguna posible pareja sea completamente atractiva, ninguna llega a esa figura que rige desde el inconsciente en la mayoría de los casos.

En todo caso, desde un punto de vista más profundo, el deseo tiende a ser reprimido porque se busca en la pareja a la madre y por tanto se representa una situación incestuosa.

Existen muchas graduaciones de la impotencia. Hay muchos hombres que no son constantemente impotentes, sino que sólo sufren fracasos ocasionales o una debilidad en la erección. Hay otros hombres que son sólo son impotentes con una mujer, probablemente aquella en donde ponen sus deseos incestuosos. Se aísla la ternura de la sexualidad, se divide a la mujer en la puta y la madre.

Una forma muy común de impotencia es la eyaculación precoz. Abraham especificó algunos factores importantes que son frecuentes en los casos de eyaculación precoz instaurada:

- Orientación femenina predominante. Algo que es común a los casos graves de disfunción eréctil.
- Orientación sádica: Bajo la pasividad, se esconden profundos deseos agresivos hacia la mujer y el objeto inconsciente tiene más que ver con lesionar a la mujer.
- Erotismo uretral. El semen representa la orina y está cargado de connotaciones pregenitales y agresivas.
- Sentimientos de culpa por la masturbación.

En cuanto a la eyaculación retardada parece tener que ver más con un síntoma de conversión y puede expresar temores inconscientes vinculados a la eyaculación, temores que suelen tener que ver con la castración. En otras ocasiones, puede representar una negativa a dar algo a la mujer.

Pasemos ahora a la *frigidez* femenina. En general, es expresión de la inhibición de una experiencia sexual completa, detrás, al igual que en el hombre, se encuentra el temor a la castración. Además de la cuestión psíquica, tenemos que tener en cuenta que en la educación tradicional de la niña se han vinculado sexualidad y peligro.

En todo caso, es la sexualidad infantil la que predomina con sus temores. Se puede vivir como un peligro de ser lesionada o como un peligro de pérdida de amor. Evidentemente, existen muchos grados de frigidez, al igual que de impotencia. Hay mujeres que logran excitarse con facilidad, pero extrañamente pueden acceder a un clímax completo y otras que no pueden ni siquiera excitarse.

Un papel importante es también la identificación masculina. Muchas mujeres frías lo son tan sólo en cuanto a la vagina. El clítoris ha conservado su excitabilidad normal, o más que normal.

En el vaginismo, no sólo se inhibe la excitación sexual, sino que se refuerza activamente la represión hasta el punto de que el coito es totalmente imposible. En ciertas ocasiones, parece que el vaginismo es un síntoma de conversión y representa un deseo inconsciente deformado. Deseo que puede tener que ver con deseos agresivos y de posesión del pene.

Hipersexualidad e hiposexualidad

Es necesario tener en cuenta, a la hora de valorar esta cuestión, que pueden existir causas orgánicas como un trastorno endocrino. Pero la mayoría de los casos tienen que ver con conflictos de la dinámica intrapsíquica.

En la hiposexualidad, si bien podemos considerarla como un síntoma de una posición depresiva, donde el deseo está inhibido, debemos, sobre todo, tener en cuenta que la libido no es que desaparezca, sino que se canaliza por otras vías no genitales. En última instancia, en la mayoría de los casos se produce una perturbación de la sexualidad infantil. Ese es el sentido neurótico, ahí es donde encontramos al sujeto.

En cuanto a la hipersexualidad, volvemos a buscar su sentido neurótico. Lo que parece producirse es que la falta real de satisfacción origina una continua descarga a través de la actividad genital. Es frecuente que alguien se vanaglorie del número de veces que es capaz de realizar el acto sexual y suele tener que ver con una necesidad de reivindicar su nombre, su autoestima, su falta de satisfacción.

Aquí está el mito de Don Juan. Busca en todas las mujeres la madre y como no la termina de encontrar, no para. En realidad, es un intento infantil de buscar una madre que le de

los suministros narcisistas que no tiene, que le faltan, es un intento de recuperar su autoestima.

La ninfomanía tiene que ver con mecanismos similares. Generalmente, una mujer con hipersexualidad puede tener ciertos grados de frigidez. Y también parece encerrar una búsqueda constante de suministros narcisistas.

En la clasificación que hemos asumido, la del DSM IV, las parafilias y los problemas de identidad parecen tener más que ver con el borde de la estructura, con el borde del sujeto. Trastornos que pueden delatar una estructura perversa totalmente, pero que, en la mayoría de los casos, pueden considerarse como rasgos perversos que pueden darse en cualquier estructura. De esta forma, una acción perversa puede producir fuertes sentimientos de culpa en el neurótico, pero sin embargo se ve impulsado a hacerla. Si miramos al neurótico obsesivo observamos que se siente forzado a hacer algo que no le gusta hacer. En la perversión las cosas son distintas, el sentimiento de culpa no está instaurado y el perverso se obliga a que le gusten determinados actos.

Cuando Freud descubrió la sexualidad infantil, el misterio de las perversiones sexuales, quedó desvelado. Los fines sexuales del perverso son los mismos que los del niño. Estamos por tanto en el terreno de la sexualidad pregenital, allí donde el Edipo no ejerce su carácter unificador. Freud añadió además que se dan actos, tendencias y fantasías perversas en la vida de todas las personas. Ahora bien, mientras el neurótico pone una barrera, una barrera que origina que las fantasías no se lleven a la realidad o sólo se lleven en forma de síntomas. La diferencia con la perversión es que en esta la persona lleva la fantasía al acto.

El perverso típico, tiene una sola manera de alcanzar placer sexual. Todas las energías sexuales se centran en esa pulsión parcial y la primacía genital no puede competir con ella. Por tanto, podemos decir que la sexualidad perversa de un sujeto perverso no está simplemente desorganizada como puede suceder en el caso de los niños o en

personalidades infantiles, se halla organizada alrededor de la pulsión parcial y del mecanismo de la renegación de la genitalidad y la castración.

En la práctica, la diferencia entre la sexualidad perversa de un sujeto neurótico y la de un perverso está en que en el neurótico la satisfacción se puede alcanzar de forma más bien penosa y con sentimientos de culpa muy presentes, ello origina que generalmente se produzcan síntomas que aparecen desexualizados. En el perverso, la sexualidad infantil se descarga directamente y origina orgasmo genital sin pena.

La estructura de la perversión

Distinta de la neurosis y de la psicosis, la perversión es una de las tres estructuras psíquicas inconscientes en las cuales el ser humano puede establecerse como sujeto del discurso y como agente de su acto. En este sentido, la perversión es perfectamente "normal", incluso si molesta al mundo, o a todo el mundo.

Podemos entender la organización de la perversión desde cuatro ejes

1. La lógica del desmentido

En la perversión, el mecanismo fundador del inconsciente es distinto que en la neurosis. En la primera, la denegación (Verneinung) determina y mantiene la represión (Verdrängung). Cuando un neurótico declara, por ejemplo, "mi mujer no es mi madre", quiere decir en realidad que su mujer es su madre. Para el perverso el mecanismo es más complejo y más sutil. Lo que Freud llamó la Verleugnung y que Lacan destacó como desmentido, consiste en plantear simultáneamente dos afirmaciones contradictorias a) si, la madre está castrada b) no, la madre no está castrada. El neurótico experimenta una gran dificultad para comprender el proceso. Esta coexistencia - que sólo es contradictoria para el neurótico - hace del perverso un argumentador temible (por lo menos cuando es

inteligente) y un retórico particularmente apto para manejar y manipular el valor de verdad del discurso para tener siempre razón.



Básicamente, el desmentido se refiere a la castración de la madre. Esto no hay que entenderlo solamente como el hecho de que la madre no tenga pene, o, más finamente, que le falte el falo. La castración de la madre significa que ella no posee el objeto de su deseo,

que éste sólo puede inscribirse como falta y que esta falta es estructural. En otros términos, en el desmentido que el perverso opone a la castración hay una cara que reconoce la falta estructural del objeto del deseo, pero también y al mismo tiempo, otra cara que afirma la existencia positiva de este objeto.

2. El Edipo perverso

El Edipo perverso se distingue por el lugar especialmente particular que se atribuye al padre en cada uno de los niveles en el que es llamado a cumplir su función. En tanto que instancia simbólica, depositario de la ley, de la prohibición y de la autoridad, el padre es perfectamente reconocido - el perverso no es psicótico. Igualmente, los atributos del padre imaginario, héroe o cobarde, padre ogro o padre ciego, son localizables y localizados por el sujeto. Es a nivel del padre real que la perversión llama la atención. En la situación edípica que caracteriza a la perversión, el hombre que es llamado en la realidad a asumir el papel de padre es sistemáticamente dejado de lado - en exilio, diría Montherlant - por el discurso materno que envuelve al sujeto. Convertido así en un personaje irrisorio, en una pura ficción, el padre se ve reducido a ser únicamente una

especie de actor de comedia a quien se le pide actuar de padre, pero sin que este papel implique la menor consecuencia: es un padre "para la escena".

3. El uso del fantasma

A nivel de contenido, se puede decir que todo fantasma es esencialmente perverso. El escenario imaginario en el que el neurótico conjuga su deseo y su goce no es nada más, después de todo, que el modo en el que se imagina perverso en secreto. No es por lo tanto el contenido del fantasma el que permite diferenciar al perverso del neurótico sino, como voy a mostrar, su uso.

Tesoro secreto, estrictamente privado en el neurótico (de tal modo que hacen falta años de análisis para que consienta en comenzar a hablar de ello), el fantasma para el perverso es por el contrario una construcción que sólo toma sentido cuando se hace público. Para el neurótico el fantasma es una actividad solitaria: es la parte de su vida que sustrae al lazo social. Inversamente, el perverso se sirve del fantasma (sin ni siquiera darse cuenta por otra parte de que se trata de un montaje imaginario) para crear un lazo social en el que su singularidad pueda realizarse. Para el perverso, el fantasma sólo tiene sentido y función si es puesto en acto o enunciado de tal modo que consiga incluir a un otro, con o sin su consentimiento, en su escenario. Es lo que aparece, considerado del exterior, como una tentativa de seducción, de manipulación o de corrupción del partenaire. Por ejemplo, el sádico exigirá de su víctima que ella misma le pida, acusándose de una u otra falta, el castigo que va a infligirle - castigo que aparecerá entonces como "merecido".

Lo que el perverso quiere demostrar, de lo que se esfuerza en convencer al otro (a la fuerza si hace falta) no es solamente de la existencia del goce, sino de su predominancia sobre el deseo. Para él, el deseo no puede ser otra cosa que deseo de gozar, y no deseo de deseo o deseo de desear, como para el neurótico.

4. La relación a la ley y al goce

Es erróneo asimilar al perverso a un fuera-de-la-ley, incluso si la interrogación cínica, el desafío y la provocación de las instancias que representan la ley constituyen datos constantes de la vida de los perversos.

Si el perverso desafía la ley, y más frecuentemente aún la juzga, no es porque se considere anarquista. Por el contrario. Cuando critica o cuando infringe la ley positiva y las buenas costumbres, es en nombre de otra ley, ley suprema y bastante más tiránica que la de la sociedad. Pues esta otra ley no admite ninguna facultad de transgresión, ningún compromiso, ningún desfallecimiento, ninguna debilidad humana, ningún perdón. Esta ley superior que se inscribe en el corazón de la estructura perversa no es, por esencia, una ley humana. Es una ley natural cuya existencia el perverso es capaz de sostener y de argumentar a veces con una fuerza de persuasión y una virtuosidad dialéctica notables. Su texto no-escrito no promulga más que un solo precepto: la obligación de gozar.

En suma, cuando el perverso "transgrede", como dice el lenguaje común, en realidad solo obedece. No es un revolucionario, sino un servidor modelo, un funcionario celoso. Según su lógica, no es él quien desea, no es ni siquiera el otro: es la Ley (del goce). Es ello lo que nos comunica nuevamente con el momento actual donde el Otro social hace un llamado continuo al goce. En este sentido amenaza con convertir a los sujetos en objetos.

Exploremos ahora algunos actos perversos, veremos que lo común en todos ellos es la renegación o desmentido.

Fetichismo

Tienen que ver con la primacía de una pulsión parcial, pero lo que especifica esta conducta es sobre todo la función de negación del temor a la castración. Un temor que el niño pone, en el registro de lo imaginario, en el pene. Temor a la falta del pene, temor a que la mujer no tenga pene. Freud destacó que la mayoría de los fetiches típicos son

símbolos del pene como los zapatos. En realidad, con el fetiche, el niño puso un pene a la mujer, huyendo así de la angustia de castración.

En primera instancia, se trata del pene materno, pero también podemos considerar que se trata de huir de la ausencia del pene materno, es por ello que se producen regresiones a etapas pregenitales, donde el objeto es el propio de esas etapas donde no se pone en juego la primacía fálica.

Transvestismo

El transvestismo puede tener que ver con una posición perversa o con un rasgo perverso que se puede dar ocasionalmente en sujetos neuróticos. Dejaremos su estudio más para Enfermedades II, pero puntuaremos algunas cosas en principio.

El homosexual masculino sustituye el amor hacia la madre con una identificación con la misma; el fetichista se niega a reconocer que la mujer carece de pene. El transvestista masculino pone en juego ambas cuestiones. Fantasea con la idea de que la mujer tiene pene, superando con ello la angustia de castración, y se identifica con la mujer fálica así creada.

El acto transvestista tiene dos sentidos: un significado erótico objetal y fetichista, y un significado narcisista, ya que el sujeto se basta a sí mismo.

En el transvestismo femenino se da también una negación, pero se juega a que los demás crean que es un hombre que tiene pene y puede considerarse, en muchos casos, como un desplazamiento de la envidia del pene.

Exhibicionismo

Al igual que en los demás actos perversos, lo que se pone en juego es una negación de la castración. El reaseguramiento contra la castración se obtiene porque produce un efecto

en el espectador. Primero, se asegura de que el penen está por la mirada de los otros, pero además si se obtiene un efecto atemorizante, está obteniendo suministros narcisistas en el sentido de que no es él el atemorizado sino los espectadores.

También podemos hablar del exhibicionismo en la mujer. El exhibicionismo genital es poco frecuente en la mujer y tiene más bien que ver con la exhibición de otras partes de su cuerpo. Es preciso en todo caso, señalar que no hay que confundir el exhibicionismo como acto perverso en la medida en que sólo se obtiene placer de esta forma; de la posición femenina desde donde juega a ser el falo y a tenerlo debajo de su vestimenta.

Voyeurismo

Es la pulsión escópica la que se pone en juego aquí. También hay muchas modalidades. Por ejemplo, el voyeur que mira la relación de una pareja tiene una clara relación con la observación de la escena primaria. De alguna forma se incluye en esta escena. Sucede con frecuencia que el voyeur se quede fijado a experiencias que provocaron angustia de castración, como puede ser una escena primaria o la observación del cuerpo desnudo y sin pene de la madre o de una hermana. El sujeto parece intentar negar la angustia repitiendo la escena temida. En realidad, la escena traumática causa un continuo deambular por escenas similares en un intento de renegación de lo que se vio o sintió.

La imposibilidad de reaseguramiento puede originar una impulsividad cada vez mayor originando posiciones sádicas y agresivas.

Coprofilia

También encontramos una defensa contra la castración y los deseos genitales aquí. Representan las fantasías coprofílicas intentos de negar el peligro de castración. Es un juego pregenital. En el plano simbólico se equipara simbólicamente el pene a las heces.

Sadismo

La identificación con el agresor tiene que ver con una identificación con el agente de la castración, no deja de ser una forma de zafarse. Si una persona es capaz de hacer a otros, lo que le pueden hacer a él, entonces ya no tiene por qué tener miedo. Lo que tendría que sufrir el sujeto, el sujeto lo hace, en forma activa, a los demás.

Generalmente, además de la angustia de castración, existe una gran fuerza de la pulsión de muerte, de impulsos autodestructivos. Estas tendencias son combatidas con una vuelta hacia fuera, contra los objetos sexuales.

Existen evidentemente diferentes grados. Existen posiciones sádicas que exigen un castigo real y otras donde en realidad se trata de un acto donde se juega a ser un pseudocastrador sin infligir excesivo dolor, es como dejado en el terreno de las pequeñas castraciones donde no pasa nada a pesar de los miedos de castración.

Masoquismo

Podemos considerarlo también como una prevención contra la castración. En todo caso, podemos encontrar diferentes sentidos o modalidades:



- Ciertas experiencias tempranas pueden haber relacionado el placer con el dolor. Ahí encontramos la relación con los padres y también los sentimientos de culpa. Sufrir es una forma de calmarlos.

- En muchas personas es una posición

de sacrificio, evitando con esto enfrentarse realmente a la castración.

- Cualquier angustia puede ser combatida mediante una acción que anticipe, en forma de juego, la cosa temida.
- Puede suponer una regresión a la etapa oral y de indefensión ante el gran Otro. Es buscar la protección de una figura protectora.

En dos circunstancias se acentúan los fines pasivos de la sexualidad de un sujeto:

1. Cuando la hostilidad es vuelta hacia el propio yo. Es decir, estamos hablando de una vuelta del sadismo.
2. En el varón, la acentuación de los fines femeninos es el resultado del desarrollo de deseos femeninos. Se trata de una posición femenina frente al otro. Freud nos dio la pista para entenderlo en su texto “pegan a un niño”; generalmente lo que se pone en juego es la castración y la relación con el padre que pega, le pega a uno porque le quiere, le pega para someterle a la castración. La vinculación entre la posición femenina, los sentimientos de culpa y la angustia de castración es lo que determinan una posición masoquista y también sádica.

En la práctica, los hombres masoquistas pueden desarrollar fantasías de ser pegados por una mujer, pero ello encubre en muchas ocasiones la idea de ser pegado por un hombre que en realidad tiene que ver con ser pegado por el padre.

Pedofilia

Los actos o los comportamientos pedófilos pueden producirse en los contextos más variados y en el marco de todas las estructuras clínicas que el psicoanálisis permite distinguir: las neurosis, las psicosis y las perversiones. Ahora bien, la estructura psíquica en la cual un sujeto encuentra su posición de ser implica una relación diferente en cada caso con el deseo, el fantasma, el goce, la ley, la culpabilidad y el otro en general. Puede

ocurrir que un neurótico obsesivo pase compulsivamente al acto con un niño cuando éste se ha convertido para él en la cristalización de una obsesión.

La pedofilia se define como el amor por los niños - precisemos: una cierta forma de amor que apunta a cierto tipo de niños. No hay que confundir, por lo tanto, repito, al perverso pedófilo con el perverso sádico. La ley positiva en vigor impone, por razones de técnica de procedimiento y de lingüística penal, calificar automáticamente de "violación" las relaciones sexuales de un adulto con un niño de menos de una cierta edad, pero no por ello debemos tomar realmente a los pedófilos por violadores sistemáticos. En principio (por supuesto hay excepciones), la violación no interesa al pedófilo. Por el contrario, su discurso se funda sobre la tesis de que el niño consiente las relaciones que el pedófilo mantiene con él, y más aún, que el niño mismo las pide.

En efecto, para el perverso pedófilo es capital demostrar que el niño está sumergido en una especie de sexualidad natural bienaventurada opuesta a la sexualidad restringida, reprimida y deformada de los adultos, y que la expresión espontánea de esta sexualidad natural es el deseo de gozar. Esta idea de un erotismo espontáneo del niño se opone a cualquier tendencia a la violación. Para el violador, por el contrario, y es por eso que su conducta tiene que ver con el sadismo, el no-consentimiento del otro es una condición necesaria. El violador busca en efecto probar que se puede hacer gozar al otro por la fuerza, que el goce no necesita el deseo o el consentimiento subjetivo porque es una Ley que se impone absolutamente.

Por último, unas consideraciones sobre la clínica.

Nuestra posición clínica está marcada por lo que ya hemos ido comentando a lo largo del curso. Se trata de poder buscar al sujeto que está detrás, se trata de no dejar todo del lado del no sujeto. Somos conscientes que el límite lo da la estructura. Si la estructura es perversa, el tratamiento es más difícil, pero en muchos casos la estructura que está debajo está dentro del borde la neurosis y en la misma neurosis.

El problema para tratar estas cuestiones es que el síntoma es placentero y la investigación analítica amenaza con poner al descubierto lo temido, la angustia de castración. El pronóstico depende del deseo de curación y, por tanto, de si existe un sujeto que haga soporte.

Si el paciente se siente mal y con angustia, más probabilidad de cambio ya que se está poniendo en juego el aspecto neurótico y podemos considerar entonces la perversión como un rasgo.

Bibliografía

- Chazaud, J. Las perversiones sexuales, Herder, Barcelona, 1976.
- Chemama, R., Vandermersch B. *Diccionario del psicoanálisis. Buenos Aires & Madrid: Amorrortu editores, 2004*
- DSM IV.
- Etchegoyen, R.H., Arensburg, B.: Perversiones y trastornos neuróticos de la personalidad, En su: “Estudios de Clínica Psicoanalítica sobre la Sexualidad”, Nueva Visión, Buenos Aires, 1977.
- Fenichel, O. Teoría psicoanalítica de la neurosis. Paidós. Barcelona. 1984
- Freud, S Obras Completas. Amorrortu Editores.
Inhibición, síntoma y angustia
Pegan a un niño
Introducción al narcisismo
Tres ensayos de teoría sexual (1905)
La organización sexual infantil (1923)
Más allá del principio de placer (1920)
- Gimeno Cervantes, F. *Diccionario de Psicoanálisis (traducción). Editorial Paidós, Barcelona.*
- Laplanche, J., Pontalis, J.B. *Diccionario de Psicoanálisis. 1996.*
- Moore, B.E., Fine, B.D. Biblioteca Nueva. Madrid 1997.
- Miller, J.A. Recorrido de Lacan. Ediciones Manantial. 1990.
- Pommier, G. La excepción femenina y los impases del goce. Alianza Estudio 1986.

Cuestiones

1. Elabora el concepto de sexuación y relación sexual desde la perspectiva psicoanalítica.
2. ¿Qué es el goce femenino?
3. Elabora el concepto de desmentido y artículalo con las perversiones sexuales.

